

á lady Hamiltón : « Es preciso que ese hombre nos pertenezca, y para que ese hombre sea nuestro, menester es que tú seas de él. »

Tratándose del almirante Horacio Nelsón, ¿podía negar lady Hamiltón á María Carolina lo que respecto al almirante Payne había hecho Emma Lyonna en obsequio de su amiga Fanny Strong?

El espectáculo de aquella corte que le salía al encuentro, de aquel rey, de aquella reina y de aquella magnífica beldad, á quien tan perdidamente adoraba, que iban á rendir homenaje al héroe del Nilo, debió ser para el hijo del pobre pastor de Barnham-Thorpes, para el hombre que, gracias á su valor y á su genio, había sabido alcanzar fama y grandeza, una gloriosa recompensa de sus heridas y de sus horribles mutilaciones.

CAPÍTULO VIII

La fiesta del miedo.

Por el cañonazo disparado á bordo del *Van-Guard*, casi tan mutilado como su comandante, y por el pabellón de la Gran Bretaña que al mismo tiempo empezó á subir á lo alto del tope, hemos visto que Nelsón había reconocido el real cortejo que salía á recibirle.

La galera capitana no había izado ninguna nueva bandera, porque desde su salida del puerto se hallaba completamente empavesada, flotando en sus mástiles los colores de Inglaterra mezclados con los de las Dos Sicilias.

Cuando la distancia que separaba á ambos buques llegó á quedar reducida á algunos centenares de brazas, la música de la galera empezó á tocar el *God save the king*, al cual respondieron los marineros del *Van-Guard*, desde lo alto de las vergas, con tres *hurras* consecutivos, lanzados con esa regularidad que los ingleses emplean en semejante demostración.

Nelsón mandó poner el navío al paio, á fin de que la galera pudiese abordar el *Van-Guard*, hizo abatir la escala de estribor, esto es, la de las grandes solemnidades, y esperó en lo alto á sus regios huéspedes, con la cabeza descubierta y sombrero en mano.

Todos los marineros y soldados de marina, hasta aquellos que, pálidos y dolientes, se resentían de sus mal curadas heridas, estaban formados en triple hilera sobre la cubierta del navío, en actitud de presentar las armas.

Nelsón esperaba que los ilustres visitantes subiesen á bordo por orden jerárquico y con arreglo á las leyes de la etiqueta, esto es, primero el rey, después la reina, luego el príncipe real y así sucesivamente; pero, por una seducción femenina, circunstancia que Nelsón consigna en una carta escrita á su mujer, la reina hechó delante de sí á la bella lady Hamiltón, la cual subió la escalera, ruborizándose de ser en aquella ocasión más que María Carolina. Al ver á Nelsón con una nueva herida, con la frente cubierta por un vendaje negro y con el rostro pálido á consecuencia de la sangre que había perdido, sea emoción verdadera, sea comedia admirablemente representada, lo cierto es que Emma Lyonna arrojó un grito, se puso también pálida

como un cadáver y, casi desvanecida, murmuró dejando caer su cabeza sobre el pecho del héroe:

— ¡Oh grande y querido Nelsón!

El almirante respondió al grito de Emma con otro grito de alegría y de asombro, y desembarazando su mano del sombrero, ciñó el talle de la encantadora con su único brazo y la estrechó convulsivamente contra su corazón.

En el éxtasis profundo en que le sumergió este inesperado incidente, hubo un momento en que Nelsón olvidó el mundo entero y saboreó todas las delicias del paraíso que el Profeta promete á sus creyentes.

Cuando volvió en sí, el rey, la reina y toda la corte estaban ya á bordo, y la encena empezó á generalizarse.

El rey Fernando le estrechó la mano llamándole el libertador del mundo, y le ofreció la consabida espada de Luis XIV, á cuya empuñadura se hallaba sujeto por el gran cordón del mérito de San Fernando, orden que el rey acababa de crear, el nombramiento de duque de Bronte, lisonja femenina inventada por la reina.

Siendo Bronte uno de los tres cíclopes que en las flamígeras cavernas del Etna forjaban los rayos de Júpiter, ese título equivalía al de duque del Rayo.

Tras el rey llegó la reina, la cual le llamó su amigo, protector de los tronos y vengador de los reyes; luego reunió en las suyas la mano de Nelsón y la de Emma Lyonna y las estrechó apasionadamente.

En seguida llegaron los príncipes y las princesas reales, los ministros y los cortesanos; pero ¿qué podían valer para Nelsón sus elogios y sus agasajos después de las alabanzas y las caricias del rey y de la reina, después del apretón de mano de Emma Lyonna?

Convínose en que Nelsón descendiese á bordo de la galera capitana, la cual, gracias á sus venticuatro remeros, debía marchar con más rapidez que un buque de vela; pero antes Emma pidió al comodoro, en nombre de la reina, que les permitiese visitar en todos sus detalles aquel famoso *Van-Guard*, en cuyos flancos habían abierto las balas francesas gloriosas heridas que, á semejanza de las de su comandante, aun no se hallaban cicatrizadas.

Nelsón hizo los honores de su navío con todo el orgullo de un marino; durante la visita, Emma Lyonna, apoyada en su brazo, le obligó á que hablase de sí mismo, y á que refiriese al rey y á la reina los pormenores del combate de primero de Agosto.

El rey ciñó á Nelsón con sus propias manos la espada de Luis XIV, la reina le entregó el despacho de duque de Bronte, y Emma le colgó al cuello el gran cordón de San Fernando: durante esta operación, no pudo impedir que sus hermosos y perfumados cabellos acariciasen el rostro del bienaventurado almirante.

Habían dado ya las dos de la tarde y se necesitaban tres horas para llegar á Nápoles. Nelsón entregó el mando del *Van-Guard* á Henry, su capitán de pabellón, y, al rumor de la música y de las salvas de artillería, pasó á bordo de la capitana, la cual se desprendió de los flancos del coloso, y ligera como una ave marina, se deslizó graciosamente por la superficie de las olas.

Tocábale al almirante Caracciolo hacer los honores de su buque. Nelsón y él eran antiguos conocidos: habían combatido juntos contra los franceses en el sitio de Tolón, y el valor y la habilidad que manifestó Caracciolo en aquel combate le valieron á su regreso, á pesar del mal resultado de la campaña, el grado de almirante, grado que le hacía en un todo igual á Nelsón, teniendo sobre el comodoro inglés la ventaja de un nacimiento elevado y de una nobleza histórica de tres siglos.

Esta circunstancia explica la especie de frialdad

que se notó en el saludo que cambiaron los dos jefes de escuadra y el apresuramiento con que Francisco Caracciolo volvió á ocupar en el banco de guardia su puesto de comandante.

En cuanto á Nelsón, la reina le obligó á sentarse á su lado bajo el toldo de púrpura, diciendo que los demás personajes podían hacer lo que mejor les pareciese, pero que el almirante les pertenecía exclusivamente á ella y á su amiga. Según su costumbre, Emma se colocó á los pies de la reina.

Mientras tanto, sir William Hamiltón que en su calidad de sabio conocía la historia de Nápoles mejor que el mismo rey, explicaba á Fernando cómo la isla de Capri, frente á la cual pasaban á la sazón, fué comprada por Augusto á los ñapolitanos, ó mejor dicho, cambiada por la isla de Ischia; Augusto había notado que, en el momento de arribar á aquel islote, las ramas de una vieja encina, que se hallaban secas y encorvadas hacia la tierra, se enderezaron y volvieron á reverdecer.

El rey escuchaba á sir William con la mayor atención; así que hubo concluido sus explicaciones:

— Mi querido embajador, le dijo, hace tres días que ha empezado el paso de las codornices; si os parece bien, dentro de una semana vendremos á

Capri de cacería, y os aseguro que las encontraremos á millares.

Como el embajador era también muy aficionado á la caza, y como quiera que á esta calidad debía especialmente el alto favor de que gozaba en el ánimo del rey, se inclinó en señal de asentimiento y reservó para otra coyuntura más propicia una sabia disertación arqueológica relativa á Tiberio, á sus doce quintas y á la probabilidad de que los antiguos hubiesen conocido la Gruta azul, gruta que entonces carecía del mágico color que hoy la decora, y que debe á la elevación del mar, cuyo nivel ha ascendido cinco ó seis pies en los diez y ocho siglos desde Tiberio hasta nosotros.

Mientras esto pasaba á bordo, los gobernadores de los cuatro fuertes de Nápoles tenían fijos sus catalejos en la flotilla real y particularmente en la galera capitana; cuando la vieron virar y poner la proa al puerto, creyendo con fundado motivo que Nelsón estaba ya en ella, mandaron hacer un saludo de ciento un cañonazos, el mismo que sirve para anunciar el nacimiento de un heredero del trono.

Un cuarto de hora duraron las salvas: los fuertes suspendieron por un momento sus detonaciones; pero el cañón rugió de nuevo cuando la

flotilla, con la galera capitana á la cabeza, entró en el puerto militar.

Los carruajes de la corte y los de la embajada de Inglaterra esperaban al pie de la cuesta que conduce á palacio; estos últimos rivalizaban en lujo con las reales carrozas. Habíase convenido de antemano en que el rey y la reina de las Dos Sicilias cederían todos sus derechos á sir William y á lady Hamiltón, en que Nelsón se alojase en la embajada de la Gran Bretaña y en que el embajador de Inglaterra fuese el encargado de dar la comida y el sarao consiguientes.

En cuanto á la ciudad de Nápoles, debía también contribuir al festejo con sus luminarias y sus fuegos artificiales.

Antes de saltar á tierra, lady Hamiltón se dirigió al almirante Caracciolo, y revistiendo su rostro de la más graciosa sonrisa, y su voz de la más dulce entonación, le dijo:

— La fiesta que damos á nuestro compatriota sería incompleta, si el único marino que puede rivalizar con él no se uniese á nosotros para celebrar su victoria y brindar á la grandeza de Inglaterra, á la felicidad de las Dos Sicilias, y á la humillación de esa orgullosa república francesa que se ha atrevido á declarar la guerra á los reyes.

Hemos reservado ese brindis para el hombre que tan valerosamente combatió en Tolón, para el almirante Caracciolo.

— Milady, respondió Caracciolo después de inclinarse cortés y gravemente: siento en el alma no poder aceptar, como vuestro huésped, la gloriosa parte que me reserváis; pero tan bonancible como ha sido el día, tan borrascosa amenaza ser la noche.

Emma Lyonna dirigió una mirada al horizonte; á excepción de unas ligeras nubes que ascendían por el lado de Prócida, el azul del cielo era casi tan límpido como el de sus ojos.

Una sonrisa apareció en sus labios.

— No dudéis de mis palabras, milady, repuso Caracciolo: el hombre que ha pasado las dos terceras partes de su vida sobre este caprichoso Mediterráneo, conoce todos los secretos de la atmósfera. ¿Veis esos ligeros vapores que, deslizándose por el cielo, se aproximan rápidamente hacia nosotros? pues ellos indican que el viento, nordeste hace un instante, se cambia al oeste. Antes de las diez se fijará al mediodía, ó lo que es lo mismo, tendremos *sirocco*; y como el puerto de Nápoles se halla abierto á todos los vientos y con particularidad al del mediodía, mi deber es vigilar el anclaje de los buques de Su Majestad Británica á fin de que

puedan resistir á los embates de la tempestad, para lo cual no tendrían tal vez fuerza suficiente á causa de las averías de la última batalla. Lo que hemos hecho hoy, milady, equivale á una explícita declaración de guerra á la Francia, y ya sabéis que los franceses están en Roma, esto es, á cinco jornadas de nosotros. Creedme, quizás necesitemos dentro de pocos días que nuestras dos escuadras se hallen en buen estado.

Lady Hamilton hizo un ligero movimiento de cabeza que podía tomarse por una contradicción.

— Acepto vuestra excusa, príncipe, le dijo; ella es la mejor prueba de la gran solicitud que os inspiran los intereses de Sus Majestades Británica y Siciliana; pero, al menos, esperamos ver en el baile á vuestra encantadora sobrina Cecilia Caracciolo, la cual no tendría excusa, habiéndosele avisado el mismo día en que se recibió la carta de Nelsón, que contábamos con ella.

— Dispensadme, señora, pero precisamente iba á hablaros de eso. Mi cuñada se halla tan indispuesta desde hace algunos días, que antes de salir esta mañana de Nápoles recibí una carta de la pobre Cecilia, en la que me expresa todo el sentimiento que le causa el no poder asistir á vuestro sarao, encargándome además que presente sus excusas á

Vuestra Señoría, cosa que tengo el honor de hacer en este momento.

Mientras lady Hamilton y Francisco Caracciolo cambiaban estas palabras, la reina se había acercado á ellos y oído la mayor parte del diálogo; comprendiendo el motivo de la doble negativa del austero napolitano, la cólera contrajo su frente, se alargó su labio inferior y se cubrió su semblante de ligera palidez.

Luego, con voz estridente y con una sonrisa tan amenazadora como los celajes que el almirante había hecho notar á lady Hamilton, sonrisa que también podía tomarse por el anuncio de una próxima tempestad,

— ¡Mirad lo que hacéis, príncipe! le dijo; porque os prevengo que las personas que asistan á la fiesta de lady Hamilton serán las únicas que se inviten y las de la corte.

— Por desgracia, señora, respondió Caracciolo sin desconcertarse en lo más mínimo, es tan grave la indisposición de mi pobre cuñada, que aunque durasen un mes las fiestas que Vuestra Majestad piensa dar á su señoría lord Nelsón, no podría concurrir á ninguna de ellas, ni mi sobrina por consiguiente; puesto que una joven de su edad y de su rango no debe separarse de su ma-

dre ni aun para ir á las habitaciones de la reina.

— ¡ Está bien, caballero! respondió María Carolina sin poder contenerse; recordaremos esa negativa en tiempo oportuno.

Y tomando el brazo de lady Hamiltón:

— Venid, querida Emma, le dijo.

Después murmuró entre dientes:

— ¡ Oh! esos napolitanos me aborrecen, lo sé; pero les pago en la misma moneda... ¡ si ellos me odian, yo los aborrezco!

Y con rápido paso avanzó hacia la escala de estribor.

Á una señal de Caracciolo, quien, más rápido que la reina, había ido á colocarse junto á la escala, inundaron el aire torrentes de armonía; los cañones tronaron de nuevo, las campanas unieron al concierto sus voces de metal, y la reina y Emma Lyonna, aquélla con la rabia en el corazón y ésta con la vergüenza en la frente, saltaron en tierra festejadas por las demostraciones del triunfo y de la alegría.

El rey, la reina, Emma Lyonna y Nelsón subieron al primer carruaje; acomodáronse en el segundo el príncipe, la princesa real, sir William Hamiltón y el ministro Juan Actón: los demás personajes ocuparon indistintamente el resto de los coches.

La regia comitiva se dirigió ante todo á la iglesia de Santa Clara, á fin de oír el *Te Déum* que debía cantarse en acción de gracias. En su calidad de heréticos, sir William, Emma Lyonna y Horacio Nelsón no habrían tenido ningún inconveniente en renunciar á la sagrada ceremonia; pero el rey era demasiado buen cristiano, sobre todo cuando tenía miedo, para permitir semejante olvido.

Cantaba el *Te Déum* monseñor Capece Zurlo, arzobispo de Nápoles, excelente sujeto á quien sólo se le podía echar en cara, en opinión del rey y de la reina de las Dos Sicilias, su demasiada inclinación á las ideas liberales; asistíale en el cumplimiento de aquel triunfante oficio otra dignidad eclesiástica cual era el cardenal Fabricio Ruffo, personaje que en aquella época sólo era conocido por los escándalos de su vida pública y privada.

Mientras duró el *Te Déum*, sir William Hamiltón, que era tan gran coleccionador de escandalosas anécdotas como de curiosidades arqueológicas, se entretuvo en referir á lord Nelsón las aventuras del ilustre *porporato*.

Como este personaje está destinado á representar un gran papel en el curso de los acontecimientos que vamos á relatar, bueno será que nuestros lec-

tores conozcan una parte de lo que el embajador contó al comodoro.

Refiriéndose á la gloria de las grandes familias y á su antigüedad histórica, dice un proverbio italiano : « Los apóstoles en Venecia, los Borbones en Francia, los Colonna en Roma, los San Severini en Nápoles, los Ruffo en Calabria. »

El cardenal Fabricio pertenecía á esta ilustre familia.

El origen de su fortuna fué un bofetón que sacudió, siendo niño, al gallardo Ángel Braschi, el cual cinó después la tiara bajo el nombre de Pío VI.

Fabricio era sobrino del cardenal Tommaso Ruffo, decano del sacro colegio. Braschi, tesorero entonces de Su Santidad, se entretenía un día en hacer saltar sobre sus rodillas al niño de su protector : queriendo el pequeñuelo Ruffo jugar con los largos cabellos rubios del tesorero, éste retiraba la cabeza cada vez que el chiquitín alargaba la mano para cogerlos, haciéndole sufrir un suplicio semejante al de Tántalo ; pero el niño perdió al fin la paciencia, y en un momento en que Braschi se inclinaba hacia él para rozar su frente con los codiciados rizos, levantó la mano y le sacudió un vigoroso bofetón.

Treinta años después, cuando Ruffo contaba treinta y cuatro, Braschi llegó á ser papa, y reco-

noció en el hombre al niño que le había abofeteado.

Acordóse de que era el sobrino del protector á quien se lo debía todo, y le confirió el mismo empleo que él desempeñaba cuando recibió el moquete, esto es, el de tesorero de la Santa Sede, cuyo puesto no se abandona sino investido de la dignidad cardenalicia.

Fabricio Ruffo condujo tan bien la tesorería que al cabo de tres ó cuatro años había un déficit de tres ó cuatro millones : justo un millón por año. Pío VI conoció que le salía mucho más barato nombrar cardenal á Ruffo, y le envió el capelo recogiendo la llave del tesoro.

Cardenal con treinta mil francos anuales en vez de tesorero con un millón, Ruffo no quiso permanecer en Roma para hacer el triste papel de un hombre arruinado ; por consiguiente, marchó á Nápoles provisto de una carta de recomendación del papa Pío VI y fué á pedir un destino al rey Fernando del cual era súbdito en su calidad de calabrés.

Consultado respecto á sus aptitudes, Ruffo manifestó sus disposiciones guerreras, diciendo que él era quien había fortificado á Ancona, é inventado una nueva manera de enrojecer las balas, é hizo presente su deseo de ocupar un puesto en guerra ó en marina.

Pero Ruffo tuvo la desgracia de no agradar á la reina, la cual, por conducto de su favorito Actón, proveía los empleos de guerra y marina, y fué inexorablemente rechazado hasta de los puestos inferiores.

Entonces el rey, para honrar la recomendación de Pío VI, nombró al cardenal director de su fábrica de sederías de San Leucio.

Por más impropio que parezca semejante empleo tratándose de un cardenal, máxime si se profundiza el misterio que presidió á la formación de aquella colonia, Ruffo aceptó el destino : lo que ante todas cosas necesitaba era dinero, y el rey había convertido en anexidad del título de director de la colonia de San Leucio una abadía cuyo producto se elevaba á veinte mil libras.

Por lo demás, el cardenal Ruffo era un hombre instruido y sabio, de buena presencia, joven aún y vaciado en el molde de aquellos prelados de la época de Enrique IV y Luis XIII que decían misa á ratos perdidos y pasaban el resto de su vida en el campo de batalla.

El relato de sir William terminó al mismo tiempo que el *Te Déum* de monseñor Capece Zurlo. Concluído el oficio, todos los personajes volvieron á ocupar su puesto en los coches, y la regia comitiva se dirigió hacia la extremidad de la calle Chiaia

en cuyo punto se alzaba, según hemos dicho, y aun se alza hoy día, el palacio de la embajada de Inglaterra, uno de los más grandes y hermosos edificios de Nápoles.

Tanto desde el muelle á la iglesia de Santa Clara, como desde la iglesia al palacio de la embajada británica, los coches tuvieron que marchar al paso, á causa de la inmensa muchedumbre que llenaba las calles.

Poco acostumbrado el comodoro á las ruidosas demostraciones de los pueblos del Mediodía, no podía menos de experimentar cierta embriaguez y deslumbramiento al oír los gritos de ¡viva Nelsón! ¡viva nuestro libertador! repetidos por cien mil bocas, y al ver agitarse en torno suyo cien mil pañuelos de todos colores.

Sin embargo, en medio de la ruidosa grandeza de su triunfo, había una cosa que le causaba bastante admiración, cual era la familiaridad de los *lazzaroni* y el poco respeto que manifestaban al rey : suspendíanse al estribo ó bien trepaban al asiento de los lacayos, sin que éstos les pusieran ningún impedimento, sacudían la coleta de Fernando ó le tiraban de la punta de la nariz, llamándole *compadre Nasone*, le tuteaban sin ninguna ceremonia y le preguntaban cuándo iría á vender pescado á Margellina, ó

á comer macarrones á San Carlos. ¡ Qué diferencia de la majestad que afectaban los reyes de Inglaterra y de la veneración de que eran objeto! Pero Fernando parecía tan contento de aquellas familiaridades, respondía con tan alegres pullas á las palabrotas y retruécanos de los *lazzaroni*, y sacudía tan vigorosos torniscones á los que le tiraban de la coleta demasiado bruscamente, que Nelsón concluyó por no ver en aquel cambio de familiaridades sino los transportes de hijos fanáticos de su padre y las debilidades de un padre demasiado indulgente para con sus hijos.

Nuevas satisfacciones esperaban á su orgullo en el palacio de la embajada.

La puerta se hallaba transformada en un inmenso arco de triunfo al cual servían de coronamiento las nuevas armas que, además del título de barón del Nilo y de la dignidad de par, acababa de conceder el rey de Inglaterra al vencedor de Abukir. Flanqueaban la puerta dos mástiles dorados, semejantes á los que se levantan en la piazzetta de Venecia en los días de gran regocijo; la brisa marina agitaba en su extremidad superior, exponiéndolas al reconocimiento público, largas flámulas encarnadas con el nombre *Horacio Nelsón* grabado en letras de oro.

La escalera del palacio era una bóveda de laurel

salpicada de las más exóticas flores, las cuales formaban la cifra de Nelsón, esto es, una H y una N. Los botones de la librea de los lacayos, la vajilla de porcelana, los manteles que cubrían la gigantesca mesa de ochenta cubiertos preparada en la galería de los cuadros, todo, hasta las servilletas de los convidados, tenía por marca las dos iniciales del comedor encerradas en una guirnalda de laurel. Una música bastante suave para permitir la conversación mezclaba sus tenues acordes á impalpables aromas; semejante á la encantada mansión de Armida, el inmenso palacio estaba lleno de flotantes perfumes y de melodías invisibles.

Sólo se esperaba para dar principio al festín á que llegasen los dos oficiantes, el arzobispo Capece Zurlo y el cardenal Fabricio Ruffo. No bien entraron, cuando, según las reglas de la etiqueta real que exigen que los reyes sean los amos dondequiera que se hallen, se anunció á SS. MM. que la sopa estaba en la mesa.

Nelsón fué colocado frente al rey, entre la reina María Carolina y lady Hamilton.

Como aquel Apicio, también habitante de Nápoles, á quien Tiberio enviaba desde Caprea los rodaballos demasiado grandes y demasiado caros, y el cual se mató cuando ya no le quedaban sino algunos mi-

liones, diciendo que no valía la pena de vivir arruinado, sir William había puesto la ciencia al servicio de la gastronomía para reunir sobre su mesa un ejemplar de las producciones del mundo entero.

Millares de bujías se reflejaban en los espejos, en los candelabros, en las copas y en las molduras, arrojando en aquella mágica galería un torrente de luz más viva y deslumbradora que la de los rayos del sol, que pocas horas antes brillaba en el limpio y transparente azul del cielo.

Y aquella luz, centelleando en los bordados de oro y de plata y deshaciéndose en chispas de varios colores al herir las facetas de los diamantes que tachonaban las placas y las cruces, parecía envolver á los convidados en esa mágica aureola que, á los ojos de los pueblos esclavos, convierte á los reyes y á los grandes de la tierra en una raza de semidioses, de seres superiores y privilegiados.

Un brindis resonaba á cada nuevo servicio: el rey Fernando fué el primero en brindar al reinado glorioso, á la prosperidad inalterable y á la prolongada vida de su augusto primo y augusto aliado Jorge III, rey de Inglaterra.

María Carolina, faltando á los usos establecidos, brindó á la salud de Nelsón libertador de Italia;

Emma Lyonna imitó su ejemplo brindando por el héroe del Nilo, y ofreció la copa á Nelsón después de haber convertido el vino en fuego con el contacto de sus labios; á cada brindis, una salva de aplausos y un coro de frenéticos hurras hacían estremecer las bóvedas.

Una circunstancia inesperada hizo que el entusiasmo, siempre creciente, llegase después de los postres á los confines del delirio.

Los ochenta convidados iban ya á levantarse de la mesa y no esperaban sino á que el rey les diese el ejemplo: en efecto, Fernando se puso en pie y los demás le imitaron: pero el monarca no se movió de su sitio. Entonces un coro compuesto de las más hermosas voces del teatro de San Carlos, acompañado de una orquesta de ciento veinte músicos, entonó el « God save the king, » ese canto suave, solemne y profundamente melancólico que el rey Luis XVI encargó á Lulli para honrar al desterrado de Windsor, al regio huésped de Saint-Germain, á Jaime II de Inglaterra.

Todas las estrofas se aplaudieron con furor, pero la última puso el colmo al general delirio; cuando ya creían terminado el canto, una voz pura, sonora y argentina, dió principio á la siguiente estrofa de circunstancias, cuyo mérito consistía más bien en

la intención que la había dictado que en el valor literario de los versos :

¡ Cantemos la excelsa gloria
Del hijo de la Victoria,
Terror de la gala grey!
También la noble Inglaterra,
De Nelsón madre orgullosa,
Canta con la misteriosa
Y antigua y sagrada tierra
De Egipto : « Dios salve al rey. »

(Traducción literal).

Estos versos, por más medianos que parezcan, arrancaron una exclamación universal, cuyo rumor aumentaba á medida que se repetía; de pronto, la voz expiró en la garganta de los convidados y todos los ojos se volvieron despavoridos hacia la puerta, como si acabase de penetrar en la sala del festín el espectro de Banco ó la estatua del Comendador.

Inmóvil y de pie bajo el dintel, había un hombre de elevada estatura, de rostro amenazador y de mirada escrutadora; cuyas formas desaparecían bajo el magnífico y severo uniforme republicano, compuesto de casaca azul de ancha solapa, de chaleco rojo bordado de oro, de calzón blanco y ajustado y de botas vueltas : su mano izquierda se apoyaba en el pomo del sable, la derecha desaparecía en la abertura del chaleco, y para colmo de insolencia, tenía

la cabeza erguida y cubierta con el tricornio en cuya cima flotaba el penacho tricolor, emblema de aquella revolución que elevó al pueblo á la altura del trono é hizo decender á los reyes al nivel del cadalso.

Aquel terrible personaje era el embajador de Francia, era Garat, el mismo que, á nombre de la Convención, había leído á Luis XVI su sentencia de muerte.

Compréndese el efecto que en tales circunstancias debió producir semejante aparición.

Entonces, en medio del profundo silencio que sucedió como por encanto á las ruidosas aclamaciones, silencio que nadie osaba interrumpir, la voz firme, sonora y vibrante de Garat, resonó en estos términos :

— ¡ No pudiendo creer tan negra traición, á pesar de las muchas que á cada paso comete esta corte hipócrita y falaz, quise ver con mis propios ojos... y he visto y oído lo bastante ! Más explícito que aquel romano que en un pliegue de su toga llevaba al senado cartaginés la paz ó la guerra, diré que traigo la guerra, porque hoy habéis renunciado á la paz voluntariamente.

Así, pues, rey Fernando, reina Carolina, ¡ guerra, puesto que vosotros lo habéis querido ! pero una guerra de exterminio que os costará el trono y la

vida, mal que le pese al héroe de esta fiesta y á la potencia impía de que es representante. ¡ Adiós ! abandono á Nápoles, ciudad del perjurio : cerrad las puertas detrás de mí, coronad de soldados vuestras murallas, erizad de cañones vuestras fortalezas, reunid vuestras escuadras en los puertos... ¿ qué importa ? haréis que sea más lenta la venganza de Francia, pero no menos inevitable ni terrible, porque todo cederá ante este grito de la gran nación :
¡ Viva la República !

Y dejando al nuevo Baltasar y á sus comensales aterrados bajo la impresión de las tres mágicas palabras que aun repetían los ecos de las bóvedas y que cada uno creía ver escritas en letras de fuego sobre las paredes de la sala del festín, el terrible heraldo que, á la manera del ficial antiguo, acababa de arrojar en el suelo enemigo, en símbolo de guerra, el dardo inflamado y sangriento, se alejó lentamente, dejándose oír por algún tiempo el rumor que producía su sable al arrastrar por el mármol de la escalera. Apenas se apagó aquel ruido metálico, se oyó el de una silla de posta que se alejaba al galope de cuatro vigorosos caballos.

Variemos de escena y digamos algo de lo que sucedía en el castillo de la reina Juana, lo cual nos explicará el fundamento de las leyendas que entre

el pueblo circulaban sobre el mismo y cuáles eran los aparecidos, que, según dijimos al principiar este libro, vió Basso Tomeo.

En la noche de aquel mismo día 22 de Septiembre mientras que los fuegos artificiales estallaban en la plaza del palacio, en el Mercatello y en el largo delle Pigne ; mientras que la muchedumbre, semejante á un ruidoso torrente encauzado entre dos orillas escarpadas, corría bajo los flamígeros arcos de las iluminaciones que decoraban la calle de Toledo, única arteria encargada de llevar la vida y la animación desde un extremo á otro de Nápoles ; mientras que los ilustres convidados de sir William empezaban á reponerse de la turbación producida por el anatema del embajador francés, en el sitio más desierto de la cuesta del Pausilipo y en el espacio comprendido entre el escollo de Frise y la hostería de la Schiava, se abrió silenciosamente una puertecita, medio oculta en el muro, para dejar paso á un hombre envuelto en una gran capa cuyo embozo le cubría la parte inferior del rostro, perdiéndose el resto en la sombra que proyectaban las anchas alas de su sombrero hundido hasta las cejas.

Aquel hombre cerró tras sí la puerta, y una vez en la calle, tomó un estrecho sendero que en rápido declive conducía directamente al palacio de la reina

Juana; sendero que iba á terminarse, no á la misma ruina, sino al borde de una peña cortada á pico y sobre un abismo de diez ó doce pies. Bien es verdad que en aquella roca descansaba entonces una tabla y cuyo extremo opuesto se hallaba fijo en el hueco de una ventana del primer piso del palacio, formando entre éste y el escollo, una especie de puentemóvil casi tan estrecho como el filo del cuchillo sobre el cual hay que pasar antes de poner la planta en el paraíso de Mahoma. Sin embargo, por más estrecho y móvil que fuese aquel puente, el hombre de la capa le atravesó con una indiferencia que indicaba la costumbre que tenía de seguir aquel camino; pero en el momento en que llegaba á la ventana, otro hombre, escondido en el interior, le cerró el paso apoyando sobre su pecho el cañón de una pistola. Sin duda el recién venido esperaba encontrar aquel obstáculo, porque sin alterarse en lo más mínimo, sin manifestar la más leve emoción, hizo un signo masónico, pronunció al oído del que se hallaba de centinela la mitad de una palabra que el otro concluyó, dejando el paso libre, y saltó desde el pretil de la ventana al pavimento. Una vez en el interior, el recién venido quiso reemplazar á su compañero, conforme á la costumbre que debía estar entre ellos establecida, para esperar la llegada de un nuevo

iniciado, de igual modo que el cadáver del último rey de Francia, aguarda en lo alto de la escalera del regio sepulcro de San Dionisio á que llegue el féretro de su sucesor.

— Es inútil, dijo el que se hallaba de centinela. Excepto Velasco, el cual no puede venir hasta las doce, todos han acudido ya á la cita.

— Entonces, retiremos la tabla respondió el otro.

Y reuniendo sus fuerzas, tiraron vigorosamente del puente levadizo que ponía en comunicación la ventana con la peña, quitando así á los profanos todo medio de llegar hasta ellos, le apoyaron contra la pared de la habitación y se perdieron en la sombra, mucho más densa en el interior de las ruinas que en la parte de afuera.

Sin embargo, los dos compañeros debían conocer el terreno perfectamente, porque á pesar de las tinieblas, siguieron sin vacilar por una especie de corredor cuya resquebrajada techumbre dejaba paso á los débiles rayos de la luz sideral, y llegaron á las primeras gradas de una escalera sin pasamano, pero bastante espaciosa para que no hubiera peligro en descenderla.

Apoyada en una de las ventanas del salón en que terminaba aquella escalera, ventana que se abría sobre el mar, había una forma humana, visible desde

el interior á causa de su opacidad, pero completamente invisible para el que la mirase desde fuera á dentro.

Aquella especie de sombra volvió la cabeza al rumor de los pasos.

— ¿Estamos todos reunidos? preguntó.

— Sí, respondieron las dos voces.

— Entonces, añadió la sombra, sólo nos falta esperar á que llegue el enviado de Roma.

— Y si tarda un poco más, dijo el hombre de la capa, echando una mirada á las olas que empezaban á encrespase á los primeros soplos del *sirocco*, dudo que por esta noche pueda cumplir su palabra.

— Sí, la mar comienza á embravecerse, respondió la sombra; pero si el que viene es en realidad el hombre que Héctor nos ha prometido, no se detendrá por tan poca cosa.

— ¿Poca, Gabriel? ¿Te parece pequeño inconveniente? Mira, ya está en planta el viento del mediodía: antes de una hora, y acuérdate de que es el sobrino de un almirante quien te lo dice, no habrá cristiano que pueda mantenerse á flote.

— Pues si no viene por mar, vendrá por tierra; si no viene en barca, vendrá á nado; y si no viene á nado, vendrá en globo, surcando los aires, repuso una voz juvenil, sonora y vigorosamente acentuada.

Yo conozco á mi hombre, sé los puntos que calza, y puedo asegurarte que si ha dicho al general Championnet: « ¡ iré ! » vendrá aunque para ello tenga que atravesar el fuego del infierno.

— De todos modos, aun no se halla en retardo, objetó el hombre de la capa. La cita es entre once y doce y ya veis, todavía no son las once, añadió haciendo sonar el resorte de una repetición.

— En ese caso, dijo el que había hecho valer su cualidad de sobrino de un almirante, y que, por lo mismo, debía ser inteligente en materia de tiempo, yo que soy el más joven, haré centinela junto á esta ventana, mientras que vosotros, hombres graves y sesudos, vais á deliberar. Bajad, pues, á la sala de las deliberaciones; yo me quedo aquí, y á la primera barquilla que asome con un farol en la proa, corro á daros aviso.

— Nada tenemos que deliberar; pero si debemos comunicarnos mutuamente algunas noticias; sigamos el consejo de Nicolino, que no me parece del todo malo para ser el de un loco.

— Pues si verdaderamente me creéis loco, repuso Nicolino, hay aquí cuatro hombres mucho más insensatos que yo, y son aquellos que teniéndome por tal, me admiten en su complot; porque sabed, amigos míos, que por más que os hagáis llamar

philomati y por más que deis un pretexto científico á vuestras reuniones, no sois, en resumidas cuentas, sino miembros de una secta próscripta del reino de las Dos Sicilias; no sois más que *francmasones* que conspiran por la caída de S. M. el rey Fernando y por el establecimiento de la república partenópea, lo cual se califica de crimen de alta traición y lleva consigo la pena de muerte. Mi amigo Héctor Caraffa y yo nos burlamos de la tal pena, porque, en nuestra calidad de patricios, tendremos la ventaja de que nos corten bonitamente la cabeza, cosa que no empañará el brillo de nuestros blasones; pero como tú, Manthonnet, lo mismo que Schipani, lo mismo que Cirillo, que está allá abajo, como vosotros, digo, no sois más que hombres de corazón, hombres de valor, de ciencia y de mérito, que valéis cien veces más que nosotros, en una palabra, como no sois sino pobres villanos ó plebeyos, si así os gusta más, iréis derechitos á la horca, sin tropezar en barras. ¡ Ah, mis buenos amigos! ¡ cómo he de reirme cuando desde la ventana de la *mannaia* (1) os vea patalear al extremo de la cuerda!... á menos que por orden de S. M. la reina me prive de ese placer el ilustrísimo señor D. Pascuale de Simone. ¡ Id, id á deliberar! y

(1) Nombre italiano de la guillotina.

cuando se os ocurra algo imposible, esto es, algo que no pueda hacer sino un loco, acordaos de mí.

El consejo fué seguido por los que le escuchaban, los cuales, sonriendo y encogiéndose de hombros, dejaron á Nicolino de vigilante junto á la ventana, y descendieron una escalera de caracol, en cuyos últimos peldaños se proyectaba la luz de una lámpara que ardía en una habitación abierta en la roca, bajo el nivel del mar; pieza que, según todas las probabilidades, había sido destinada por el arquitecto del duque de Medina, si el palacio se hubiese concluido, al noble objeto de encerrar bajo el prosaico nombre de cueva ó bodega, los mejores vinos de España y Portugal.

En aquella cueva,—puesto que á pesar de la poesía y de la gravedad de nuestro asunto, nos vemos obligados á llamar las cosas por su verdadero nombre,—en aquella cueva, sentado junto á una mesa, sobre la cual apoyaba el codo, había un hombre sumergido en profunda meditación; su capa, arrojada hacia atrás, dejaba descubierto un semblante pálido y enflaquecido por las vigias, que iluminaba de lleno la luz de la lámpara: veíanse sobre la mesa algunos papeles, plumas, una escribanía, y un par de pistolas y un puñal, colocados al alcance de su mano.

Aquel hombre era el célebre médico Domenico Cirillo.

Los otros tres conjurados que Nicolino había mandado á deliberar, designándolos con los nombres de Manthonnet, Schipani y Héctor Caraffa, entraron uno á uno en el círculo de luz pálida y temblorosa que proyectaba la lámpara, se desembarazaron de la capa y el sombrero, pusieron delante de sí un par de pistolas y un puñal, y empezaron, no á deliberar, sino á referir las noticias que cada uno había podido recoger.

Como nosotros sabemos, tan bien ó mejor que ellos, cuanto pasó en aquel día tan fecundo en acontecimientos, los dejaremos discurrir á su sabor sobre un asunto que ningún interés nos ofrecería, y mientras ellos hablan, daremos á nuestros lectores algunos detalles biográficos acerca de esos cinco hombres, llamados á desempeñar un papel importante en el curso de nuestro relato.

CAPÍTULO IX

El enviado de Roma.

Veamos quiénes eran aquellos cinco hombres que Nicolino, sin exceptuarse á sí propio, acababa de condenar en su irónico lenguaje á la horca y á la guillotina, predicción que para todos, menos uno, debía tener fatal cumplimiento.

El que hemos visto solo y pensativo, con el codo apoyado sobre la mesa de piedra, se llamaba, según hemos dicho, Domenico Cirillo y era un hombre de Plutarco, uno de los más poderosos representantes de la antigüedad, que jamás haya producido la tierra napolitana. Cirillo no pertenecía ni á su época ni á su país; una sola de sus cualidades habría bastado para formar un hombre superior.

Domenico nació en 1734, esto es, en el mismo año en que subió al trono Carlos III, y era natural de Grumo, pequeña aldea de la Tierra de Labor. Su familia había sido siempre un semillero de médicos ilustres, de sabios naturalistas y de íntegros magistrados. Antes de cumplir veinte años, Cirillo obtuvo